

## CXX

Había allí un africano llegado de Africa. Es Malquidán, hijo del rey Malquid. Sus armas son todas de oro batido y resplandecen al sol sobre todas las otras. Monta en un corcel llamado Saltoperdido, y no hay bruto que le pueda igualar en la carrera. Él se adelanta a herir a Anseis sobre el escudo. Le parte los cuarteles de rojo y azul, le desgarran las telas de la lorica y le hunde en el cuerpo la lanza, hierro y madera. El conde es ya muerto. Su tiempo es acabado.

Dicen los franceses: -¡Barón! ¡Lástima de ti!

## CXXI

Por el campo va Turpín, el arzobispo. Jamás tonsurado alguno cantó misa que su persona haya hecho tales proezas. Le dice al infiel:

-¡Que Dios te envíe todos los males! Has matado a quien mi corazón llora.

Y lanza al buen caballo hacia adelante, y hiere al infiel sobre su escudo de Toledo, con tal golpe, que lo derriba muerto sobre la hierba verde.

## CXXII

Por otro lado hay un infiel, Grandonio, hijo de Capuel, rey de Capadocia. Monta un corcel llamado Marmorio, más raudo que ningún pájaro que vuele. Suelta las riendas, pica espuelas y acomete a Garfín con toda su fuerza. Le rompe su rojo escudo haciéndole caer de su cuello. Después le destroza la lorica y le hunde en el cuerpo el gonfalon azul, derribándole muerto sobre una alta roca.

También mata a Gerer, su compañero, a Berenguer y a Guido de San Antonio. Por fin, se lanza sobre Austeri, un rico duque, que poseía en señoría a Valance y Envers sobre el Ródano. Ya lo derriba muerto. Los infieles se regocijan. Los francos exclaman:

-¡Qué mengua la nuestra!

## CXXIII

El conde Roldán empuña su espada ensangrentada. Bien escuchó descorazonarse a los franceses, y tal es su dolor que cree que su corazón va a estallar. Y dice al infiel:

-¡Que te otorgue Dios todos los males! ¡Has matado a uno que espero vendértelo muy caro!

-Y espolea a su corcel. ¿Quién vencerá?

## CXXIV

Grandonio era esforzado y valiente, potente y audaz en la lucha. En su vía da con Roldán; jamás le ha visto, empero le reconoce por su fiero rostro, por su cuerpo gentil, por su mirada, por su porte. Tiene miedo: no puede defenderse. Quiere huir, pero en vano. El conde le asesta un golpe tan maravilloso que le parte todo el yelmo, hasta el nasal, le rompe la nariz, la boca y los dientes, y todo el tronco con su cota de buenas mallas, y la cabeza y los barrenes argentados de la silla dorada de su caballo. Hiende profundamente el lomo del caballo. No hubo remedio, ha matado a los dos, y los de España gimen todos bien adoloridos. Los franceses dicen:

-¡Bien ataca nuestro fiador!

## CXXV

Maravillosa es la batalla y cada vez más atropellada. Los franceses acometen con vigor y rabia. Cortan puños, costados, dorsos, hienden las vestimentas hasta la carne viva. Y la sangre corre en claros hilos sobre la verde hierba. ¡Tierra de los Mayores, Mahoma te maldiga! ¡Sobre todos los pueblos, tu pueblo es audaz! Y no hay un sarraceno que no grite:

-¡Marsil! ¡Cabalga rey nuestro! ¡Necesitamos tu ayuda!

## CXXVI

La batalla es maravillosa y grande. Los franceses hieren con sus lanzas bruñidas. ¡Si hubieseis visto tanto dolor: tantos hombres muertos, heridos, ensangrentados! Yacen el uno sobre el otro, cara al cielo o rostro en tierra. Los sarracenos no pueden por más tiempo sostenerse. Quieran o no, abandonan el campo. Y los franceses, con todo su arrojo, van dándoles caza.

## CXXVII

Dice a Oliveros el conde Roldán:

-Señor compañero, confesadlo, el arzobispo es muy buen caballero. No lo haya mejor bajo el cielo: tal sabe combatir con la espada y la lanza-. El conde responde:

-¡Vayamos, pues, en su ayuda!

A estas palabras los francos recomienzan. Duros son los golpes, pesada la contienda. Los cristianos sienten gran angustia. ¡Qué bello es ver a Roldán y a Oliveros cómo acometen y a la espada dar tajos! El arzobispo da golpes con su lanza. De aquellos que han matado, se puede estimar el número; está escrito, dice la gesta, en los cartularios y en los breves: mataron a más de cuatro millares. A los cuatro primeros asaltos bien aguantaron la embestida; el quinto asalto les pesó grandemente. Han muerto casi todos los caballeros franceses, fuera de sesenta, que Dios ha escatimado. Antes que mueran se venderán muy caros.

## CXXVIII

El conde Roldán ve la gran matanza de los suyos, y llama a Oliveros, su compañero:

-Gentil señor, amado compañero, ¡por Dios! ¿qué os parece? ¡Ved cuántos valientes yacen en tierra! ¡Buena razón tenemos para apiadarnos de la dulce Francia, la bella! ¡Qué desierta va a quedar, falta de tales barones! ¡Rey, amigo! ¿Por qué no estáis aquí? Hermano Oliveros, ¿qué podremos hacer? ¿Cómo enviarle estas nuevas?

Oliveros dice:

-¿Cómo? No lo sé. ¡Podría ponerse en duda nuestro honor, y prefiero morir!

## CXXIX

-Yo haré sonar el olifante -dice Roldán-. Carlos lo escuchará, que va pasando los puertos. Yo os lo juro. Regresarán los francos.

-¡Esto -respondió Oliveros- ha de ser para todos vuestros parientes una gran vergüenza, y el oprobio y el deshonor les pesaría toda la vida! Cuando yo os pedí hacerlo, vos no lo hicisteis. Hacedlo ahora, pero ya no será por mi consejo. ¡Tocar el olifante no sería digno de un valiente! ¡Mas cómo tenéis ensangrentados vuestros dos brazos!

-¡He dado hermosos golpes! -dice el conde.

## CXXX

-Nuestra batalla es dura -dice Roldán-. Tañeré mi cuerno, el rey Carlos ha de oírlo.

-Dice Oliveros:

-Hacer tal no cumple a un valiente. Cuando os dije de hacerlo, compañero, vos no os habéis dignado. Si el rey hubiese estado con nosotros, nada hubiéramos sufrido. Los que aquí yacen ningún reproche han merecido. ¡Por esta mi barba, que si yo vuelvo junto a la gentil Alda, mi hermana, nunca habéis de yacer entre sus brazos!

## CXXXI

Dice Roldán:

-¿Por qué esta cólera contra mí?

-Compañero -responde Oliveros-, vuestra es la falta porque valor sensato y locura son dos cosas, y es mejor mesura que jactancia. Si murieron nuestros franceses, fue por vuestra ligereza. Jamás podremos servir a Carlos. Si me hubieseis creído, mi señor hubiera vuelto, y hubiéramos ganado esta batalla. Y el rey Marsil sería ya muerto o prisionero. Vuestra proeza, Roldán, en mala hora vimos. Carlos, el grande, de quien nunca habrá semejante hasta el día del juicio final, jamás tendrá ya nuestra ayuda. Vais a morir y Francia se verá deshonorada. Hoy fina nuestra leal amistad. Antes de la noche nos separaremos, y esto será duro.

## CXXXII

Ha escuchado el arzobispo que se querellaban y, espoleando el caballo, con sus espuelas de oro puro, acude a ellos y les reprende a los dos:

-Señor Roldán, y vos, señor Oliveros: ¡Os ruego en nombre de Dios que no disputéis! Tañer el cuerno no podrá ya salvarnos, y, sin embargo, tañerlo será siempre lo mejor. Venga el rey, y podrá vengarnos. No deben los de España volver alegres. Nuestros francos, al poner pie en tierra, nos encontrarán muertos y hechos cuartos; nos conducirán en ataúdes, sobre bestias de carga, y nos llorarán, llenos de dolor y de piedad. Seremos sepultados en los atrios de las iglesias; no seremos pasto de lobos, de puercos ni de perros.

-¡Bien decís, señor! -responde Roldán.

## CXXXIII

Roldán se lleva a sus labios el olifante. Lo emboca bien y lo hace sonar con todas sus fuerzas. Altas son las montañas y prolongada la voz del olifante. A treinta grandes leguas se le oye cómo se dilata. Carlos lo oye; y lo oyen todos sus cuerpos de tropa. El rey dice:

-¡Los nuestros libran batalla!

Al punto le responde Ganelón:

-Si otro lo hubiera dicho, ciertamente veríamos en ello una gran mentira.

## CXXXIV

El conde Roldán, con pena y congoja, con gran dolor, tañe su olifante. Brota la clara sangre por su boca. Tiene rota una sien. El sonido del cuerpo se derrama a lo lejos. Carlos lo escucha al pasar los puertos. El duque Naimón lo escucha, lo escuchan los francos. Y el rey dice:

-¡Es el olifante de Roldán! No lo tañería si en batalla no estuviese empleado.

-¡Nada de batallas -responde Ganelón-. Vos sois anciano, vuestra cabeza es ya blanca y florida, pero vuestras palabras son de niño. Conocéis bien el gran orgullo de Roldán. Maravilla que Dios pueda sufrirla tanto. ¿No fue a tomar Napal sin vuestras órdenes? Los sarracenos hicieron una salida y combatieron al buen vasallo Roldán, que después hizo inundar la pradera ensangrentada para borrar las huellas del combate. Por una sola liebre, hace tañer el olifante todo el día. Ahora debe ser algún juego que hace delante de sus Pares. ¿Quién, bajo el cielo, habrá de atreverse a presentarle batalla? Cabalga, pues. ¿Por qué habéis de deteneros? La Tierra de nuestros mayores está aún lejana de nosotros.

## CXXXV

El conde Roldán tiene la boca ensangrentada. Tiene rota su sien. Tañe dolorido el olifante, con angustia. Carlos le escucha, y le escuchan los franceses. Dice el rey:

-¡Ese cuerno tiene largo aliento!

-Algún valiente está sufriendo grandes trabajos -responde el duque Naimón-. Seguro estoy de que él está librando batalla. El mismo que lo ha traicionado es el que ahora pide que falléis en vuestra empresa. ¡Armaos; dad al viento vuestro grito de guerra, y socorred a vuestra hermosa mesnada! Bien lo escucháis: es Roldán que desespera.

## CXXXVI

El emperador hizo sonar los cuernos. Echan pie a tierra los franceses, y se arman de sus lorigas y yelmos, y de espadas guarnecidas de oro. Llevan escudos bien labrados, grandes y fuertes lanzas, gonfalones blancos, rojos y azules. Todos los barones de sus huestes montan en corceles, que espolean mientras siguen los desfiladeros. No hay uno que no diga al otro:

-¡Si volvemos a ver a Roldán aún vivo, con él daremos grandes golpes!

¿De qué sirven las palabras? Han tardado demasiado.

## CXXXVII

Avanza el día. Brilla el atardecer. Las armaduras resplandecen contra el sol; cotas y yelmos flamean, y los escudos pintados de flores, y las lanzas y los gonfalones dorados. Cabalga lleno de cólera el emperador, y los franceses afligidos y enojados. No hay uno que no lllore con dolor, y por Roldán están transidos de angustia. El rey hizo prender al conde Ganelón, y lo entrega a los cocineros de su casa. Llama a Besgón, su cocinero mayor y le dice:

-Besgón, guárdame bien a este bellaco. Ha entregado por traición a mis mesnadas.

Basgón lo recibe bajo su custodia, y lo pone en las manos de cien pinches, unos mejores y otros peores. Le arrancan los pelos de la barba y de los mostachos. Cada uno le asesta cuatro puñetazos. Y luego le apalean con leños y bastones; le echan al cuello una cadena, como a un oso, y lo cruzan afrentosamente sobre una acémila. Así lo guardan hasta el día de devolverlo a Carlos.

## CXXXVIII

Altos son los montes y tenebrosos y grandes los valles profundos, las aguas violentas. Atrás y adelante suenan los clarines, y todos a un tiempo responden al tañido del olifante. El emperador cabalga irritado, y los franceses llenos de pesadumbre y enojo. Nadie hay que no lllore y se lamente. Y ruegan a Dios preserve a Roldán hasta que lleguen al campo de batalla todos juntos. Entonces, todos con él acometerán. ¿Para qué las oraciones? No les servirán de nada. Han tardado. No pueden llegar a tiempo.

## CXXXIX

Cabalga el rey Carlos lleno de coraje. Sobre su cota se expande su barba blanca. Todos los barones de Francia espolean fuertemente a sus corceles; no hay uno que no se lamente de no poder estar ya junto a Roldán, el capitán, cuando combate a los sarracenos de España. En tal infortunio se encuentra, que no creo que pueda sobrevivir. ¡Qué barones, Dios, los sesenta que aún quedan en su compañía! Jamás rey ni capitán pudo tenerlos mejores.

## CXL

Roldán escudriña los montes y las landas. Ve derribados y muertos a muchos de los de Francia y los llora, como gentil caballero.

-¡Señores barones, que Dios os perdone! Que conceda a todas vuestras almas el Paraíso. Que las guarde entre las santas flores. Nunca vi vasallos mejores que vosotros. ¡Habéis por tanto tiempo, y sin reposo, estado a mi servicio conquistando para Carlos tan dilatados países! El emperador os sustentó en mala hora. ¡Tierra de Francia, sois un dulce país, pero hoy el peor azote os ha desolado! ¡Barones franceses, os he visto morir por mí, sin poder defenderos ni salvaros! ¡Dios, que jamás ha mentido, venga en vuestra ayuda!, Oliveros, hermano, yo no os debo fallar. Moriré de dolor si alguien no me mata. ¡Señor compañero, volvamos a acometer!

## CXLI

El conde Roldán ha tomado a la batalla. Esgrime a Durandarte y da tajos con brío. Despedaza a Faldrón de Puy, y a otros veinticuatro de los más principales. Jamás hombre alguno anheló tanto vengarse. Como el ciervo huye ante los perros, así ante Roldán huyen los infieles. El arzobispo dice:

-¡Muy bien lo hacéis! Así debe portarse un buen caballero, bien armado, que monta un buen caballo. De otra manera, no vale cuatro ochavos. ¡Que se haga monje en un cenobio para rogar allí cada día por nuestros pecados!

-¡Matad, no perdonéis a nadie! -responde Roldán-. Y a estas voces se rehacen los francos. Pero sufren allí gran quebranto los cristianos.

## CXLII

Hombre que sabe que no habrá cuartel, se defiende fuertemente en tal batalla. Por eso los francos se hacen arrojados, como leones. Y he aquí que viene contra ellos Marsil, como verdadero barón. Monta en

un caballo que él llama Gañún. Le espolea y acomete a Bevón; era éste señor de Dijon y de Beaune. Le rompe el escudo, le rasga la cota, y, sin causarle otro mal, le derriba muerto. Después mata a Ives y a Marfil, y con ellos a Gerardo de Rosellón. El conde Roldán no está muy lejos. Le dice al infiel:

-¡Dios te maldiga! ¡A la mala has matado a mis compañeros! Lo pagarás, antes que nos separemos, y sabrás el nombre de mi espada.

Como verdadero barón le acomete y le parte el puño derecho. Luego corta la cabeza de Jurfaret el Rubio; era hijo del rey Marsil. Y los infieles gritan.

-¡Ayúdanos, Mahoma! ¡Vosotros, dioses nuestros, vengadnos de Carlos! En esta tierra nos ha puesto tales felones, que primero morirán que dejarnos libre el campo. Entonces huyamos -se dicen uno a otro-. Y cien mil se van. Vuelva a llamarlos quien fuere, ellos ya no retornarán.

### CXLIII

¿De qué sirve su desbandada? Si huyó Marsil, ha quedado su tío Marganice, que tiene a Cartago y Etiopía, una tierra maldita. Bajo su señorío la casta de los negros; sus narices son grandes, largas sus orejas. Se juntan de ellos más de cincuenta mil. Lanzan sus caballos con intrepidez y furor, y gritan el grito de armas de los infieles.

-Recibiremos el martirio -dice entonces Roldán-. Sé bien que no nos queda mucho tiempo de vida. ¡Pero malhaya aquel que no se venda caro! ¡Acometed, señores, contra espadas bellacas! Y disputad vuestros muertos y vuestras vidas para que la dulce Francia no sea infamada por nosotros. Cuando venga a este campo Carlos, mi señor, y vea qué escarmiento hicimos en los sarracenos y que por uno de los nuestros hallará quince de ellos muertos, no dejará, ciertamente, de bendeciros.

### CXLIV

Cuando Roldán contempla la maldita gente, que es más negra que la pez, y nada tiene blanco sino los dientes, dice:

-Ahora en verdad lo sé. Es hoy el día en que tendremos que morir. ¡A ellos, mis francos, porque yo vuelvo a empezar!

-¡Maldito el que se contenga! -dice Oliveros. Y a estas palabras los francos se lanzan contra las huestes sarracenas.

### CXLV

Cuando ven los infieles que los franceses son pocos, se enorgullecen entre ellos y se reconfortan; se dicen el uno al otro:

-¡La sinrazón está con el emperador!

Marganice monta un caballo bayo. Azuza fuertemente a su corcel con sus espuelas doradas y hiere

a Oliveros por detrás en plenas espaldas. La lanza le atraviesa el pecho y asoma por delante. Luego dice:

-¡Rudo golpe habéis recibido! Carlos, el rey Magno, os dejó en los puertos para vuestra desdicha. Si algún mal nos ha hecho, de ello no debe alabarse. Sólo en vos he vengado con creces a todos los nuestros.

### CXLVI

Siente Oliveros que está herido de muerte. Blande a Altaclara, la del bruñido acero, y hiere a Marganice sobre el agudo yelmo todo dorado, hace saltar por tierra sus florones y pedrerías, y le parte la cabeza hasta los dientes. Remueve la herida con la hoja de su espada y lo derriba muerto. Le dice después:

-¡Maldito infiel! No digo que Carlos nada haya hoy perdido, pero al menos tú no podrás ir al reino de donde eras a envanecerte ante ninguna mujer, ni ante ninguna dama, de haberme arrebatado un adarme, ni de habernos dañado a mí ni a ningún otro en el mundo.

Después llama a Roldán para que le ayude.

### CXLVII

Oliveros siente que está herido de muerte. Jamás podrá vengarse a su placer. En lo más tupido de las huestes pelea como verdadero barón. Hace pedazos astas y broqueles, muñecas y pies, sillas y lomos. Quién le hubiese visto descuartizar infieles, arrojar muerto sobre muerto, recordaría a un buen caballero. Nunca echa en el olvido el grito de guerra de Carlos, y exclama con alta y clara voz:

-¡Montjoie!-. Llama a Roldán, su Par y amigo: -Señor compañero, ¡venid a mí prestamente! ¡Con gran dolor en este día hemos de separarnos!

### CXLVIII

Roldán contempla el rostro de Oliveros. Lo ve empañado, lívido, descolorido, pálido. Corre su clara sangre a lo largo de su cuerpo; sobre tierra caen los cuajarones.

-¡Dios! -dice el conde-. Ya no sé qué hacer. ¡Señor compañero, gran lástima de vuestra proeza! Jamás nadie valdrá lo que vos. ¡Ah! ¡Dulce Francia, qué despoblada quedarás sin tus mejores vasallos, humillada y decaída! ¡Gran daño para el emperador!

Después de estas palabras, desfallece sobre el caballo.

### CXLIX

He aquí a Roldán desvanecido sobre su caballo, y a Oliveros herido de muerte. Ha sangrado tanto que sus ojos se enturbiaron. Ya no ve con claridad para reconocer, de lejos o de cerca, hombre viviente. Cuando topa con su compañero, le hiere sobre su yelmo cubierto de oro y gemas, y se lo hiende hasta la nariguera, aunque no le llega a la cabeza. A este golpe Roldán le ha mirado, y le pide, dulcemente, por amor: